

IMPORTANCIA DE LA CONCIENCIA EN EL SISTEMA PSICOLÓGICO DE J.L. PINILLOS

PILAR VALIENTE GONZALEZ

RESUMEN

La conciencia ha estado ausente de la psicología científica durante el dominio del conductismo y su correlato epistemológico el positivismo lógico y el operacionismo, sin embargo, su vindicación ha sido siempre una constante en la obra de J. L. Pinillos, que, a partir de los años 60 se ha visto corroborada por el advenimiento de un nuevo paradigma menos atomista y materialista y más abierto a la mente. Por otra parte, las investigaciones llevadas a cabo por la psicología cognitiva han hecho posible la reintroducción de la conciencia por caminos científicos, basados en la analogía del ordenador y sus funciones de feed-back.

La conciencia para Pinillos adquiere además una mayor relevancia como fundamento de su humanismo científico.

ABSTRACT

The mind was rejected by the psychological behaviorism, based in the logical positivism and operationism, but J. L. Pinillos has always vindicated his presence in the field of the psychology. A new paradigm arrived in the 60's decade, less atomist and materialistic and more and more mentalistic. Cognitive psychology's investigations, with the use of analogy of computer and his mechanism of feed-back, have considered consciousness as a important field.

In the psychological system of Pinillos, Consciousness is very relevant because it is the basis of his scientific humanism.

Aunque la recuperación de la conciencia es una tónica general dentro de la psicología a partir de los años 60, sin embargo, han existido muchas resistencias a su reintroducción como elemento de primer orden en el mundo académico de nuestro país, que ha estado muy influenciado por el conductismo y su correlato epistemológico.

Uno de los autores que antes y con más ahínco han luchado por la recuperación de la conciencia en la psicología española ha sido, sin duda, José Luis Pinillos. Son muchos los artículos y conferencias en los que se ha interesado vivamente tanto por la naturaleza de la conciencia, por su función, como por su status epistemológico, sin el cual no se sostendría científicamente su vuelta al escenario de la psicología experimental.

El problema de la conciencia se inscribe dentro de las relaciones mente-cuerpo, un problema que se sitúa en el límite entre el conocimiento filosófico, psicológico, y neuropsicológico (Bunge, 1980; Hebb, 1980; Irani, 1980; Rieber, 1980). El problema se plantea en términos de si la ciencia puede explicar la relación existente entre lo mental y lo corporal, y si este problema puede ser abordado en términos experimentales. La cuestión fundamental gira en torno a si el psicólogo es capaz de explicar cómo el fenómeno mental puede surgir a partir de la actividad física que se produce en el cerebro. No es, aparentemente, un tema que sea posible tratar con metodología científica, y por tanto, sigue siendo, y lo seguirá por mucho tiempo, un tema controvertido.

La formulación moderna del problema mente-cuerpo, es herencia del filósofo y científico francés, Descartes, el dualismo, originado a partir de su obra, conocido como Dualismo Cartesiano, contempla la mente y el cuerpo como dos sustancias absolutamente diferentes. El hombre mediante la introspección se descubre como sustancia pensante, y mediante la observación, como sustancia extensa. Las dos sustancias son completamente diferentes, una es espiritual y la otra física. Ninguna tiene nada que ver con la otra y, sin embargo, interactúan mutuamente. Descartes no resolvió el problema ya que dejó sin explicar cómo algo espacial como es el cuerpo podía interactuar con algo no espacial como es el alma.

Para explicar este problema en el campo de la psicología científica, Brentano y James siguieron el camino del interaccionismo. En la actualidad se sigue manteniendo esta teoría por autores como Karl Popper y los neurofisiólogos John Eccles y Sperry (Popper y Eccles 1977; Sperry, 1976; 1988).

Otras posturas explicativas de la relación mente cuerpo son el epifenomenalismo y el paralelismo mente-cuerpo. Para los epifenomenalistas los elementos de la experiencia consciente están causados por factores cerebrales, aunque sin efectos causales sobre la conducta. El mundo mental es solamente un títere gobernado por el cerebro y la conciencia sólo es un epifenómeno. Lo que parece libertad, es únicamente el resultado de las leyes físicas que gobiernan el cerebro. Para el Paralelismo existe correspondencia entre el mundo físico y el mundo mental, proponiendo una causalidad paralela entre ambos dominios. El problema es que no explican cómo el mundo físico del cerebro puede influir en un dominio enteramente separado inmaterial.

1. ELIMINACION DE LA CONCIENCIA EN LA PSICOLOGIA CIENTIFICA.

Reconoce Pinillos que la adopción del método naturalista no se realizó sin un fuerte debate. La fuerte polémica establecida se dio a conocer bajo el nombre de *methodenstreit*, o disputa del método, cuyo objetivo principal fue poner en claro el estatuto epistemológico de las Ciencias del Espíritu, para establecer su identidad o diferencia con las Ciencias de la Naturaleza. En el debate participaron figuras como Brentano, Dilthey, Bergson, Eucken, William James, Ebbinghaus, Husserl, Freud, Stuart Mill, Windelband, Wundt... Resultado de la célebre polémica fue la opción naturalista, opción que, en opinión de Pinillos (1988), se tomó porque era la única viable, ya que no había otra ciencia presentable que la nueva Ciencia Natural, y no porque el naturalismo fuese una solución satisfactoria. La nueva psicología optó por un modelo epistemológico mecanicista, donde la objetividad, reducida en su mayor parte a la medida y las relaciones causales entre variables elementales, constituyó el objetivo primordial (Mayor, 1989)

El nuevo modelo epistemológico no dejó cabida, al menos aparentemente, a la causalidad final, a la experiencia privada, la subjetividad o los juicios de valor, con lo cual se decidió de antemano la suerte de conceptos tan centrales para el análisis de la vida humana como la intencionalidad, los sentimientos, la propia estimación, e incluso la conciencia (Pinillos, 1987).

Durante más de dos largos milenios la psicología ha padecido un profundo desgarramiento categorial, una ruptura ontológica y epistemológica, donde el alma y el

cuerpo, la mente y el cerebro, lo físico y lo mental, la conciencia y la conducta, la explicación y la comprensión, la causación y la implicación han venido a roturar esa endémica escisión categorial que ha venido padeciendo la psicología (Pinillos, 1985).

Si bien Descartes pretendió salvar el alma de la mecánica al separar el pensamiento del cuerpo, con el empirismo inglés la mente quedó reducida a una coalición de átomos psíquicos, a una asociación de impresiones o ideas fundamentales en la que el medio podía ejercer influencia. Una vez desechada la conciencia, el modelo fue aplicado a esa asociación de estímulos y respuestas llamada conducta, quedando reducida la actividad humana al estatuto de variable dependiente, y donde la subjetividad no tenía lugar.

La adopción del modelo naturalista científico conllevó la disolución de la unidad originaria del sujeto; la mente perdió sus operaciones propias y la fuente del dinamismo conductual pasó a depender principalmente del medio (Pinillos, 1987).

Bajo estas condiciones no resulta extraño que la conciencia perdiera su condición de proyecto y quedase reducida a una variable dependiente del entorno, en vez de concebirse como causa de sus efectos. Además, desde una perspectiva naturalista la conciencia debía entenderse como una relación psicofísica mediada a nivel biológico por el cerebro. A principios de siglo, los intereses de los nuevos investigadores estaban encaminados hacia cuestiones psicofisiológicas como la atención, vigilancia y los grados de claridad sensorial del campo de la conciencia. La nueva psicología de principios de siglo "propendió a interpretar el cerebro como una centralilla telefónica, y la conciencia como una especie de registro fotográfico de la realidad" (Pinillos, 1987, p. 97); la conducta se entendió como respuesta a un estímulo, como adaptación al medio, pero no como propuesta ni adaptación del medio al hombre.

Los primeros psicólogos marxistas se situaron en una línea parecida, llegando a conceptualizar la conciencia como un reflejo subjetivo del mundo objetivo, dando por supuesto tanto la existencia objetiva de lo reflejado, como la semejanza del objeto con su imagen mental. La conciencia del naturalismo se entendió inicialmente "como una copia subjetiva de las cosas, o mejor aún, como un reflejo sensorial de las mismas, que tendría lugar, bien en el cerebro mismo, bien en el seno de un acto mental subjetivo, de carácter privado, y por lo tanto extraño al mundo de la objetividad científica (Pinillos, 1987, p. 97).

La negación más rotunda de la conciencia vino de la mano de los conductistas. Watson y el conductismo prescindieron de la conciencia, o la redujeron a un epifenómeno superficial, ajeno al curso de las causas e incapaz de influir sobre la conducta real y efectiva de los hombres (Pinillos, 1987). Watson, en un principio, puso la conciencia entre paréntesis, pero en 1919 radicalizó su posición considerando que la aceptación de la misma suponía caer en un espiritualismo o en un vitalismo incompatible con la ciencia. A partir de este momento, la conciencia entró en una de sus mayores crisis.

Los argumentos en los que, según Pinillos (1985), se ha basado el rechazo de la introspección y, por tanto, de la conciencia, han sido fundamentalmente los siguientes:

a) *Argumentos ontológicos*, que negaban a la conciencia capacidad real para intervenir causalmente en la conducta. La conciencia dejaba de ser un principio explicativo, un *explanans*, para quedarse reducida a un simple *explanandum*, a un epifenómeno que debería ser explicado por sus causas materiales eficientes.

b) *Argumentos epistemológicos y metodológicos*, ya que la conciencia, al ser un experiencia privada, subjetiva, que no es pública ni intersubjetiva, carece del estatuto epistemológico necesario para poder ser incorporado a la psicología científica. Asimismo, sucede que en la introspección el sujeto ha de ser a la vez juez, observador y observado, lo que unido a la condición del carácter poco objetual, poco firme del hecho de conciencia, harían de la introspección un método poco fiable, enfrentado además con las dificultades adicionales que el lenguaje encuentra siempre para lograr una fiel expresión y comunicación de las vivencias subjetivas. El positivismo lógico y el operacionalismo reforzaron la base epistemológica del antimentalismo. En 1930 Rudolph Carnap publicó un trabajo que sentó las bases de un extremado fisicalismo psicológico. A esta posición se vino a añadir el operacionalismo procedente de Bridgman. Tanto el fisicalismo como el operacionalismo pretendían reducir los hechos de conciencia a hechos físicos.

c) *Desde una perspectiva pragmática*, reducir la psicología a una ciencia introspectiva de la conciencia hacía inviables capítulos importantes de dicha disciplina como, por ejemplo, la psicología animal, infantil, psicología clínica, estudio de la inteligencia.

Otros movimientos como el llamado conductismo filosófico, representado por Ryle (1949), estudia la realidad que está más allá de la semántica. Según Ryle, el problema mente/cuerpo proviene del "error de categoría". Existe un "error de categoría" cuando consideramos la mente como algo separado del cuerpo, o cuando se identifica la mente con alguna parte del cuerpo. Estos autores no aceptan que los estados mentales sean causales, es decir, que conduzcan a la acción.

Otros autores como Feigl (1967), Place (1956) o Armstrong (1968) defienden que los estados mentales son idénticos a los estados del cerebro. Los hechos mentales y los hechos físicos son descripciones diferentes de los mismos hechos. Esta teoría está basada en los trabajos de neurofisiólogos como Hebb y Penfield que han señalado la existencia de un isomorfismo entre los informes fenomenológicos y los procesos neurales (Hebb, 1980).

El materialismo radical, representado por Sechenov, Pavlov y, en la actualidad, por Quine (1985) pretende eliminar los estados mentales y explicar todos los procesos psicológicos a partir de los neurales. Los defensores de esta teoría señalan que tras las investigaciones llevadas a cabo por las neurociencias no se han podido demostrar la correlación entre los procesos mentales y los procesos cerebrales, por lo que no tiene sentido seguir hablando de estados mentales, de lo único de lo que se tiene constancia es de estados cerebrales.

2. RECUPERACION DE LA CONCIENCIA EN LA PSICOLOGIA CIENTIFICA

Diferentes escuelas como, la psicología de la forma, la fenomenología, el psicoanálisis y el funcionalismo, pusieron de relieve -cada una desde sus respectivos puntos de vista- que la conciencia no se podía reducir al acto mental en que las cosas se hacen manifiestas para un sujeto, sino que ésta era apta para constituir objetos que no existen, ni pueden existir, y para distorsionar la realidad reflejada supuestamente con objetividad.

El surgimiento de la psicología cognitiva abrió el camino de regreso hacia la conciencia. Con el cognitivismo se amplió el restringido concepto de conducta manejado por el conductismo, al incorporar el elemento mental que había sido desalojado por una epistemología empirista, quedando reemplazada por otra menos hostil al racionalismo (Pinillos, 1985).

Tras cincuenta años de duro rechazo la conciencia volvió a ser retomada. "La situación comenzó a cambiar con la caída del neopositivismo y las dificultades internas que surgieron en la psicología del aprendizaje, como el descrédito de las variables intermedias definidas operativamente, a la par que con la aparición de la cibernética, de la teoría de la información y de la teoría general de sistemas, el desarrollo del funcionalismo perceptivo, la aparición de la psicolingüística racionalista de Chomsky y la recuperación anglosajona del viejo cognitivista Piaget, más próximo a una epistemología racionalista que al empirismo de los conductistas. Bajo semejante protección, propicia al cognitivismo, el camino para el regreso de la conciencia quedó relativamente despejado" (Pinillos, 1983, p. 52).

El abandono, pues, del contexto positivista de la justificación y el hincapié en un contexto más relativista del descubrimiento científico fueron la causa de que numerosos psicólogos reconociesen lo ilusorio que resultaba atribuir al hombre de ciencia una capacidad observacional pura. Aceptado el principio de que la observación está siempre afectada por la teoría, lo lógico era renunciar a la teoría de la *purísima percepción*, admitiendo que las observaciones del psicólogo, por muy objetivas que sean, pueden estar afectadas por teorías psicológicas implícitas, influidas, en mayor o menor medida, por el estado interno del sujeto, es decir, por los sentimientos, motivaciones o deseos -no necesariamente conscientes- del propio experimentador. Admitir este supuesto implicaba la aceptación de posibles interacciones entre las "características de la demanda" de los sujetos experimentales y los resultados de los experimentos y, asimismo, entre las teorías y predilecciones inconfesadas del experimentador por un lado, y su lenguaje observacional por otro, es decir, lo externo e interno de la experiencia (Pinillos, 1985).

En la psicología actual son numerosos los psicólogos que enmarcados en distintas líneas hacen uso de técnicas subjetivas y de conceptos mentales en sus investigaciones psicológicas. Frecuentemente la psicología fisiológica, la psicofarmacología, la psiconeurocirugía y las neurociencias recurren a la experiencia interna de los sujetos siempre que sea necesario. Lo mismo podemos decir de la psicopatología y la psicología clínica que, en su proceder, hacen uso de técnicas

subjetivas como el autoinforme y el autocontrol, así como la información derivada del propio paciente.

Pinillos alude a fenómenos como el efecto Greenspoon, o revisiones del condicionamiento en seres humanos al estilo de las llevadas a cabo por Brewer, a la vez que el concepto mismo de aprendizaje vicario formulado por Bandura, que están en buena medida fundados sobre informaciones de carácter subjetivo, como lo están asimismo las investigaciones relativas a la intervención de las imágenes mentales o de la mediación verbal en los procesos de aprendizaje, en la memoria, en la solución de problemas y el razonamiento o en la creatividad; ocurriendo algo semejante en muchos estudios sobre la percepción, la toma de decisiones, la motivación, las emociones y el sentimiento, sin excluir la personalidad, el comportamiento social, la terapia y la dinámica de grupos (Pinillos, 1983).

Ha quedado demostrado que la conciencia influye en el condicionamiento, pues, las expectativas que el experimentador y el sujeto se forman ante el experimento influyen en los resultados. Para Pinillos, aunque este modo de proceder incomode a los conductistas, estos trabajos "han levantado una liebre que había estado agazapada durante mucho tiempo, porque por muy espesas que sean las paredes del laboratorio, los hilos de la intencionalidad acaban traspasándolas" (Pinillos, 1983, p. 55). Incluso en aquellos campos donde la conciencia parecía poco probable que hubiese penetrado, como es el caso de la epistemología y el conductismo, el uso de la conciencia ha sido inevitable. La epistemología se ha ido desplazando hacia el subjetivismo; sin abandonar el postulado metafísico del realismo, ya que el conductismo hace uso de la experiencia interna cuando recurre a las imágenes mentales como elemento terapéutico, cuando usa el lenguaje interior como principio regulador de la conducta y cuando restablece la vigencia del "self" en el proceso de control del comportamiento.

Tanto la experiencia interna como los conceptos mentales que la representan encarnan un papel muy importante en la psicología de hoy. La conciencia ha regresado a manos de los psicólogos, en vez de haber quedado enterrada y olvidada en una historia sin retorno.

3. LA ACTIVIDAD COMO ALTERNATIVA A LA CONDUCTA

Desprobeer la conducta humana de conciencia implica reducir la conducta del hombre a la propia de un animal o de un autómeta: "No hay acción auténtica, nos diría Ortega, si no hay pensamiento, y no hay auténtico pensamiento si éste no va referido a la acción. En realidad, la acción humana consiste en todos los actos y operaciones que el sujeto ejecuta para existir en su medio, esto es, consta de todos sus movimientos de realización vital, comprende cuanto hace para vivir. Lo que integraría, pues; semejantes movimientos en un concepto radical y unitario de actividad sería su condición de movimientos dialécticos de la materia, pero jamás la asociación de elementos heterogéneos, físicos y mentales, o la reducción de éstos a aquellos" (Pinillos, 1985, p. 462).

La argumentación antimentalista ha derivado frecuentemente en un epifenomenalismo, para quienes los hechos físicos, los estímulos y los impulsos nerviosos, junto con las respuestas glandulares y musculares, "formarían parte de la concatenación causal en que consiste la conducta, mientras que las representaciones

subjetivas discurrirían espectralmente por un limbo ontológico, al margen del curso de las causas que mueven la conducta" (Pinillos, 1985, p. 463). No es que no existan hechos de conciencia sino que, a nivel científico, es como si no los hubiera. Pinillos se pregunta por qué los que se asientan en una línea epifenoménica no admiten la interacción de lo mental a lo físico que, a fin de cuentas, es lo que hizo Descartes, admitiendo sólo la posición contraria, es decir, la interacción de lo físico a lo mental. "Si la experiencia subjetiva de posesión mental de nuestras acciones fuese ilusoria, si en realidad la conciencia no hiciera sino acompañar a unos movimientos vitales automáticos, si no fuese más que un séquito imaginario de acciones determinadas por condiciones exteriores a nuestro conocimiento y decisiones, entonces los hombres seríamos tan poco responsables de nuestras respuestas como la oruga y el orangután. ¡Adiós vida personal, responsabilidad, conciencia, moral, libertad y dignidad! Que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son, como mucho antes que Skinner ya nos dijo Calderón" (Pinillos, 1985, p. 463).

El argumento epifenoménico se apoya en el dogma de la causalidad ascendente, donde la causalidad operaría del cerebro a la conciencia y no viceversa. Sin embargo, hoy en día la epistemología y las ciencias actuales no admiten este supuesto, defendiendo la intervención de una causalidad descendente. Karl Popper, Prigogine, Eccles y fundamentalmente Sperry, entre otros, consideran imprescindible la intervención de una causalidad descendente, que module y asuma las leyes de los niveles inferiores de acción (Popper y Eccles, 1977).

Para Pinillos (1985), el hecho de que la respuesta mental se quede al margen de la concatenación causal necesaria de estímulos y respuestas es lo que ha liberado al hombre del estímulo, haciendo posible que el hombre pueda componer y ensayar sus conductas en un espacio ajeno al curso de las causas, en un espacio donde la implicación reemplazase a la causación y donde las relaciones de sentido recubriesen y modularan las de mera contigüidad.

En última instancia, Pinillos (1985) pretende poner de relieve que la información que circula a través de los estímulos puede desviarse de la línea procesual, que afluye en los movimientos corpóreos de la conducta, pudiendo detraerse a su circuito ejecutivo, adoptando la forma mental llamada información consciente, conocimiento presente a la conciencia de un individuo por la cual éste puede ejecutar acciones corporales manifiestas, es decir, conductas. En su opinión, el procesamiento de la información, abogado por la psicología cognitiva, sortea los obstáculos conductistas operando con un concepto de actividad depurado de sus cualidades conscientes. La psicología cognitiva vendría a hacer uso, por tanto, de un concepto de actividad que incluiría los aspectos físicos y mentales del movimiento de realización vital.

Admitir tales presupuestos puede aparentemente inducir a alguno a pensar que Pinillos reintroduce en la ciencia psicológica la antigua y metafísica idea de substancia. Sin embargo, "la aparición de la cibernética y de la teoría general de sistemas han hecho posible, con su concepto de retroacción, reconceptualizar la idea de substrato al margen de la metafísica, por un camino distinto del aristotélico, en términos de un proceso que reobra sobre sí mismo y, al hacerlo, se apropia de sí, se hace sustantivo sin ser substancial. Esta substantividad empíricamente definible es, en principio, lo que puede hacer las veces de sujeto, epistémico o no, en una psicología que desee conservar para la actividad humana su condición de praxis, de acción que no sólo

depende de sus condiciones objetivas, sino asimismo de las condiciones interiores de un sujeto capaz de transformar activamente aquellas" (Pinillos, 1985 b, p. 466).

El procesamiento de la información, abogado por la psicología cognitiva, sorteando los obstáculos conductistas operando con un concepto de actividad depurado de sus cualidades conscientes. La psicología cognitiva vendría a hacer uso, por tanto, de un concepto de actividad que incluiría los aspectos físicos y mentales del movimiento y de la realización vital.

De hecho, la experiencia procedente de los actos conscientes del sujeto, objetivada en protocolos públicos, ha sido útil para la psicología. No existen, por tanto, razones de peso para mantener la reducción de la actividad humana a un sistema de respuestas glandulares y musculares. Pero, de otra parte, es obvio que la incorporación de los conceptos mentales a la psicología cognitiva no deja de plantear problemas sumamente complejos y ha sido, en general, más acatada que cumplida (Pinillos, 1985, p. 467).

4. LA CONCIENCIA, CARACTERÍSTICAS DISTINTIVAS.

La conciencia tiene unas características especiales y únicas que la convierten en algo distinto tanto es su naturaleza como en su estudio y observación.

- *La consciente es subjetivo*, porque es el resultado de una operación gnoseológica que ejecuta un sujeto apto para ella. Además, su "intus" va referido a la interioridad de un acto mental que contiene virtualmente un objeto y no a la interioridad del cuerpo por oposición a lo que se encuentra fuera de él. Pinillos considera que la posición contraria ha sido fruto de numerosas aproximaciones contemporáneas al hecho de conciencia, que han identificado ésta con procesos neurofisiológicos o realidades físicas.

- *La conciencia es un hecho inderivable*, ya que la única evidencia real que se tiene acerca de él procede de la conciencia misma, de la nescencia de cada cual, de la propia experiencia inmediata. La nescencia se muestra de manera espontánea y es una propiedad común a todos los hombres. El ser consciente queda definido por el término nescencia, donde consciente es el acto de un sujeto en que algo se le hace manifiesto, el acto subjetivo en que al mero existir de las cosas se añade el que se hagan patentes para alguien (Pinillos, 1983).

- *El acto de tener noticia no se hace notar*. Antes bien su aprehensión requiere una cierta contorsión sobre sí misma, una reflexión activa para captar su existencia.

- *El acto de conciencia contiene intencionalmente algo como objeto*; es la inexistencia intencional del objeto en la subjetividad. El hecho de que el acto de conciencia contenga intencionalmente un objeto no significa que la conciencia sea un receptáculo en el que entren o salgan las ideas de las cosas -tal como pensaba Locke- o por donde desfilen las percepciones -como afirmaba Hume-. Se trata de un acto y no de una entidad en la que se depositan previamente las copias de las cosas, su reflejo. Este reflejo es activo, ya que puede construir su propio objeto de conocimiento.

Importancia de la conciencia...

- *La conciencia es un reflejo creativo del mundo.* Aquí plantea Pinillos uno de los problemas más controvertidos de la filosofía actual: la separación por un abismo insondable entre el objeto conocido y el objeto en sí. Pinillos critica la posición de Husserl, quien atribuye a la intencionalidad la función de elevar el material hilético, los datos sensibles, al nivel objetual de unidad de sentido. Para Pinillos no se "conceptúa debidamente el polo mundano como apoyo del sentido constituido por la intencionalidad, puesto que, al poner entre paréntesis la existencia del mundo para quedarse con su esencia, corre el riesgo de reducir el mundo a un significado puesto por la conciencia misma, cuya actividad cobra así tornasoles idealistas" (Pinillos, 1983, p. 39). La posición de Husserl ha contribuido a acentuar el carácter idealista atribuido a la psicología fenomenológica. Para Pinillos, la conciencia fenomenológica se muestra constructiva, constituyente de su objeto y de espacios de posibilidad que trascienden los que hay.

- *La conciencia no es sólo una sucesión de hechos de conciencia,* como pensaba William James. Esta posición ha sido aceptada por autores como Husserl, Brentano y Bergson, quienes admiten la metáfora fluvial. Wundt considera que la conciencia es un concepto genérico que designa no meramente la suma de experiencias, sino su totalización en cuanto configuradas por un nexo común. En opinión de Pinillos, ese nexo común consiste en que todas ellas aparecen enhebradas en el hilo de su pertenencia a un mismo sujeto que las sabe suyas, y donde la conciencia sería movediza y no un mero fluir.

- *El fluir de la conciencia no es una pura sucesión lineal de momentos conscientes infinitesimales.* "En cierto modo refluye sobre sí misma y se remansa en esa forma de presencia distendida que es el ahora vivido, un ahora que al deshacerse hace el pasado, le confiere espesor psicológico, a la par que se rehace y renueva trayendo al presente trozos del futuro. La sucesión se vive como duración, la diversidad temporal se organiza en presencia, a la vez que la pluralidad de contenidos que se hacen presentes en ella se organiza en campos de conciencia" (Pinillos, 1983, pp. 40 y 41).

- *El campo experiencial que se retorna en el presente, en el ahora vivido, posee una estructura -no mecánica- que impregna todas las manifestaciones conscientes.* Dicha estructura se puede considerar como tal, siempre y cuando no se tome al pie de la letra la definición de elementos en orden, pues la conciencia carece de elementos propiamente dichos.

La importancia decisiva de la conciencia se muestra en el aspecto humanizador de ésta, porque "es siendo consciente como el hombre puede llegar a ser en cierto modo todas las cosas y a la par su propia posibilidad. Sin conciencia del mundo y de su existencia en él, el hombre no sería una realidad personal" (Pinillos, 1983, p. 43).

5. FUNCIONES DE LA CONCIENCIA

El hombre necesita la conciencia para poder alcanzar su desarrollo pleno. Sin embargo, a pesar de la importancia que la conciencia tiene en nuestras vidas, gran parte de la conducta humana tiene lugar de manera mecánica, sin intervención de ésta. De otro lado, ésta puede convertirse en un obstáculo de cara a determinadas conductas, de hecho puede ser disfuncional y entorpecer de los más variados modos

el curso de la vida, pudiendo incluso interferir con actos automáticos y desorganizarios al prestarle atención. Pese a lo cual, sigue en pie el hecho de que la pérdida o disminución de la conciencia degrada el comportamiento. Su función es necesaria, esto es, no puede cesar sin que la vida decaiga" (Pinillos, 1983, p. 111).

La conciencia está presente en cada uno de nosotros, hombres relacionados con el mundo a través de la propia conciencia. Esta relación de conciencia entre el hombre y el mundo es una relación sentida y no meramente inconsciente y automática. Para el autor, dicha relación está empapada de conciencia personal, conciencia que a su vez facilita la supervivencia del hombre, llegando a ser una condición necesaria para la propia existencia. "Para existir como persona no es suficiente vivir: es preciso saber que se vive" (Pinillos, 1983, p. 112). Para Pinillos, la relación de conciencia es la gran condición *sine qua non* del vivir humano. En sus reflexiones sobre el tema, alude a cinco funciones fundamentales de la conciencia: la hiperformalización, la adaptación, la vida biográfica, la conciencia histórica y la conciencia personal.

- *La hiperformalización.* "La conciencia, pues, no es sólo lo que cabría esperar de un cerebro demasiado complejo para autorregularse de otra forma en la interacción con el medio; es también, y ante todo, lo que cabría esperar de un organismo vocado a existir como persona. A esto segundo se ordena lo primero. La conciencia es el modo supremo de hiperformalización que corresponde a un cerebro personal, apto para integrar en unidades de sentido la ingente cantidad de los mensajes que procesa" (Pinillos, 1983, pp. 112).

- *La adaptación.* Anteriormente se mencionó que la relación del hombre con el mundo exterior, así como con el mundo interior, era una relación de conciencia. El ser humano obtiene información de lo que acontece a su alrededor a través de actos conscientes. Por lo que Pinillos afirma que la pérdida de la información consciente que recibe a través de los sentidos representaría la anulación de sus principales formas de relación con el medio exterior, y también en parte, aunque en menor grado, del conocimiento de sus estados internos corporales, por lo que la conciencia representa una mediación capital de la adaptación humana.

El hombre posee una conciencia instrumental y una conciencia sensible. La primera no es meramente reproductora, y la segunda no se reduce a una función meramente fotográfica: "La conciencia, en suma, desempeña una función activa en la adaptación, ya desde sus más humildes orígenes. Es alertación, en un sentido biológico cabal que trasciende el puro reflejar, como quizá Schopenhauer adivinó antes que nadie. Su función no es meramente reproductora, pasivamente informativa; pone sentido en lo que llega por los sentidos y dispone para habérselas con lo que llega. Contiene ingredientes totalizadores, reflexivos, teológicos, evaluativos, heurísticos y ejecutivos. Bien lo vio Ortega cuando calificó al yo de ejecutivo radical. Desempeña funciones inductoras e iniciantes de la acción, y funciones ejecutivas, directivas de la realización personal. Retiene la realidad en forma de representación abstraída a la necesidad de las causas, y la recombina por modos virtuales que trascienden la actualidad de lo representado y reconducen la conducta. Anticipa situaciones de riesgo, y ofrece cursos alternativos de acción, susceptibles de ser puestos a prueba con escaso riesgo. No interfiere con el decurso habitual de los actos, y los recubre con su previsión. En su seno cobran significado los movimientos corporales, se ordenan al proyecto a que conducen" (Pinillos, 1983, p. 116).

Importancia de la conciencia...

- *La vida biográfica.* La vida biográfica necesita de esta condición en contra de la vida biológica: "Tener biografía exige tener conciencia de sí, estar advertido de la propia existencia, darse cuenta del mundo y de la vida en él. La relación de conciencia en el hombre es con las cosas y consigo mismo; ambas noticias son inseparables" (Pinillos, 1983, p. 117). La vida biológica debe ser personalizada en una vida biográfica, y ésta es una función capital de la conciencia.

- *La conciencia histórica.* El hombre comparte con sus semejantes una cultura, lo que implica una conciencia histórica y no simplemente una conciencia natural. En el mundo histórico ese saber está depositado en el lenguaje; él mismo nos dice que "es la palabra común que utiliza el individuo para entenderse con los demás y también consigo mismo: el *verbum mentis* (Pinillos, 1983, p. 120). Ahora bien, reconoce que la conciencia no se reduce a un sistema de significaciones verbales, aunque opera básicamente con ellas, en el contexto de un lenguaje que, a la par de un medio de expresión, es una interpretación del mundo, como ya advirtió Wilhem von Humboldt y antes Herder. Al igual que Sapir, Whorf o Weisgerber, admite que los individuos que hablan diferentes idiomas viven de algún modo en diferentes mundos. Esto es debido a que el lenguaje absorbe la práctica social de los grupos humanos y la deposita en el léxico, en los giros, en las connotaciones de las palabras e incluso en la sintaxis.

"El lenguaje condiciona profundamente el modo en que la realidad se nos hace manifiesta, esto es, la conciencia del mundo y de la vida, nuestra propia imagen y los ideales a que ordenamos nuestros actos. A través de la tinción lingüística, la conciencia se historicifica, es determinada, sobre todo en sus fines y valores, por la consabiduría que la envuelve. Con lo cual el determinismo reaparece subrepticamente, bajo la forma insidiosa del condicionamiento semántico de las metas de la vida. Excepto que a liberarse de semejante condicionamiento le ayudan a la conciencia su condición racional y algunas de las operaciones emancipadoras, a la vez que la propia cultura termina siempre por ofrecer instrumentos críticos y fisuras a las que aplicarlos. De no ser así, el movimiento ascendente de la historia no habría comenzado nunca. Trabajosamente, la conciencia intelectual del hombre va emancipándose de sus condiciones, trascendiéndolas en ese interminable ascenso hacia la verdad que constituye la más propia de sus operaciones y justifica sus errores" (Pinillos, 1983, pp. 121 y 123).

- *La conciencia personal.* Pinillos llega a la conclusión de que la función principal de la conciencia es hacer de la vida una realización con sentido propio, es "teñir de significación los movimientos corporales, poner lucidez en la oscuridad de la pulsión, hacer de la vida biografía". Función que sería opuesta a toda reducción de la vida a puros mecanicismos e instintos.

Cierto es que el hombre no es pura conciencia, pero la que poseemos nos exime de ser individuos autómatas. Para Pinillos, defender la conciencia es defendernos como seres humanos, lo cual no se puede hacer desde un mecanicismo, irracionalismo o historicismo, ismos que han vaciado la mente del ser humano. En su estudio del hombre actual considera que éste, más que inquietarse por la presencia de la conciencia, parece haberse desentendido de ésta o incluso reducirla o otras cosas. Es en este punto donde entraría la psicología para mostrar que el hombre no sería alguien si quedara despojado de conciencia: "Sin una apropiación consciente de sí, no es posible ejercer de persona, no se puede tener fines verdaderamente propios ni

responder de lo que se hace; de la sola inconsciencia no surge la realización, es la alienación lo que se deriva de ella" (Pinillos, 1983, p. 124).

La conciencia es corporal en cuanto dice relación necesaria al cuerpo del que es propiedad, aunque no es cuerpo sin más; es histórica porque necesita de ésta para comprenderse a sí misma y al mundo. "La conciencia humana es parte esencial de una realidad para sí, relativamente absoluta, en la que alguien se reconoce como fin propio y reconoce a la vez su propia finitud, la muerte, que es el más intrasferible y personal de todos los fines, lo que sella definitivamente el ciclo de cada vida, lo cierra sobre sí y lo singulariza. La conciencia del hombre no es, pues, un valor que pueda endosarse sin más a la historia y al cuerpo" (Pinillos, 1983, p. 126).

Ser consciente de la propia vida implica serlo del fin de la misma. Por tanto, una de las funciones primordiales de la conciencia sería la de hacer presente al hombre que la vida cobrará mayor sentido y calidad personal cuando se es consciente de su finitud: "La conciencia, en suma, no es todo en el hombre; pero es necesaria para serlo. Es la conciencia de la propia finitud lo que a la postre engrandece al ser humano y le abre a ese infinito de esperanza sin el cual todo habría sido en vano. Esta es, a decir verdad, la suprema función de la conciencia del hombre" (Pinillos, 1983, p. 126).

6. HISTORICIDAD DE LA CONCIENCIA

Dado que las formas en las que se nos presenta la conciencia difieren en cuanto a las diferentes etapas históricas e incluso en las diferentes culturas, podemos afirmar la historicidad de la conciencia.

En un libro dirigido por Robert Ellrodt: *Genèse de la conscience moderne*, un conjunto de distinguidos historiadores y filólogos muestran el desarrollo que a lo largo de la historia ha tenido la conciencia en el mundo occidental. Es interesante resaltar que el concepto personalizado de sí mismo que posee el hombre actual no se encuentra en la Grecia clásica sino que aparece en las tragedias de Esquilo y Sófocles. Con los héroes de Sófocles encontramos cómo la autoconciencia se revela y va cobrando cuerpo por oposición a las presiones externas. Pinillos (1987), en su estudio de la conciencia, no ha encontrado señales de que los héroes distinguiesen con claridad las fronteras entre su yo y los dioses antes de Esquilo. Lo que hay es pasividad de un sujeto que se deja irrumpir por las fuerzas exteriores sin contradistinguirse de ellas. No podemos asignar a los personajes de Eurípides, ni siquiera a los héroes homéricos, el tan actual locus de control manejado en la teoría de la atribución. Incluso el mundo de la subjetividad, tal y como nos dice Lenoble, surgió en épocas posteriores como reacción al mundo de la objetividad creado por la ciencia del Barroco.

Una de las cosas que ha pretendido demostrar Pinillos es cómo la historia determina e influye en el psiquismo del hombre, y cómo esa incidencia es recíproca: "la historia informa el psiquismo del hombre, sí, pero a su vez la condición humana, las motivaciones y expectativas de los individuos influyen el curso de la historia" (Pinillos, 1987, p. 100).

La forma en que diferentes autores han visto esta influencia de la historia en el hombre es de lo más variada. Para Freud la historia de la cultura sería la historia de los

fracasos de la represión, donde "las pulsiones sexuales y agresivas del hombre acaban tarde o temprano por burlar el sistema de represiones con que pretende sofocarlas la cultura que, a la postre, siempre fracasa" (Pinillos, 1987, p. 100). Pinillos considera que el balance de esta incursión freudiana es pesimista. Un tanto más optimista podemos considerar la posición de los freudomarxistas de la escuela de Frankfurt y el psicoanálisis sociocultural de la posguerra, cuando afirman que las pulsiones destructivas contenidas en el inconsciente son capaces de ir siendo asumidas por el desarrollo histórico de la humanidad y capaces de ser integradas en el progreso humano.

"La conciencia es histórica, en suma, porque inevitablemente dice referencia a una situación, esto es, porque inevitablemente la relación se establece desde alguna posición concreta, y a través de una óptica intelectual recibida como herencia del pasado: que así va añadiendo espesor al tiempo humano, tan distinto del físico" (Pinillos, 1987, p. 101).

Pinillos alude a la teoría del perspectivismo existente en Ortega para esclarecer la cuestión. Para Ortega, el punto de vista es un componente totalmente imprescindible y presente en la realidad; no puede haber realidad sin punto de vista, extendiendo esta afirmación a la propia relación de conciencia. Esta perspectiva permanece siempre presente en cuanto el hombre adopta una posición determinada, disponiendo de algunos recursos heredados con los que responder a su situación, como recientemente ha explicado Raymond Boudon.

La importancia del punto de vista en la relación del hombre ha sido reconocida en múltiples ocasiones. Al historificar las condiciones de la posibilidad de conocimiento que trascendentalmente fueron establecidas por Kant y Herder se sentaron las bases de las aprioridades históricas que confeccionan las culturas nacionales y configuran y conforman los relativismos lingüísticos, es decir, se proporcionaron los elementos que generan esas formas internas de pensamiento, que posteriormente se manifestarían como ideologías o mentalidades vigentes (Pinillos, 1987). Autores que han recogido esta idea de *a priori* histórico son, entre otros, Husserl y Wilhelm von Humboldt.

El concepto de *a priori* histórico es de vital importancia para comprender cómo se produce y funciona la historicidad de la conciencia humana, a diferencia de la del animal. Las disposiciones que conforman el aspecto interior del pensamiento son siempre relativas a una situación y razonables dentro de la misma. La perspectiva es uno de los componentes de la racionalidad de la experiencia abarcable a todo tipo de sociedades. Pinillos alude a un ejemplo con el que pretende validar la aportación de Boudon cuando dijo: "las ideologías no son tan irracionales como suelen parecer a los observadores en otras posiciones, que las contemplan desde fuera y a través de ópticas distintas". Pensemos en el control de la natalidad. Lógicamente, para una pareja típica de la sociedad occidental el control de la natalidad es razonable, pero sin embargo no lo sería para una familia india que cifre su economía en la mano de obra familiar. Este ejemplo le lleva a afirmar que "la conciencia no supera su condición histórica con el progreso. Lo que sí puede es desvirtuarla al ignorar lo que hay de relativo en la propia cultura de la modernidad" (Pinillos, 1987, p. 102).

La conciencia, para poder ser humana, debe albergar un sistema de representaciones y vivencias recibidas del pasado. Todo hombre, todo grupo social,

necesita ideas previas acerca del mundo y de la vida en él para poder vivir, para poder interpretar la realidad y dar sentido y significado a todo lo que penetra por sus sentidos. Para Pinillos (1985) es esta óptica intelectual que se hereda del pasado la que constituye el *a priori* histórico que va a condicionar la instalación del hombre en la realidad, que le va a ayudar a saber a qué atenerse y cómo desenvolverse con las cosas que le rodean.

Las definiciones dadas a estos aprioris históricos han sido numerosas. F. Laplantine (1977) articula en tres grupos la forma en que los grupos humanos han proyectado sus fantasías sobre el porvenir a lo largo de todos los tiempos:

a) La espera mesiánica, b) La posesión, c) La utopía

Pinillos considera que a éstas podemos unir otras figuras como, los mitos, las concepciones del mundo, las mentalidades o las ideologías donde, en todas y cada una de ellas, la conciencia de una época, situación o grupo humano quedaría coloreada por la historia. Para él, ni siquiera la idea de progreso escapa a la influencia histórica. Encuentra unas convicciones que configuraron la razón de progreso y que hoy, desde el punto de vista del fin de la modernidad, se nos presentarían como irracionales: a) El progreso es una propiedad natural del género humano. b) El progreso es indefinido. c) El progreso es acumulativo y lineal. d) El progreso es generalizable al orden moral.

Cada una de estas ideas impregnaron en su tiempo la conciencia de la modernidad y, hoy, desde la perspectiva de la postmodernidad las percibimos de una manera un tanto dudosa.

Todo nos lleva a la conclusión de que la conciencia del ser humano con su entorno es además de psicofísica, psichistórica. "La forma de existir es histórica, y de esa condición participa por supuesto la conciencia. Si la psicología quiere hacerse cargo de este capital problema en toda su plenitud, tendrá que superar el marco naturalista en que se ha movido hasta ahora... ¿Qué sería de los hombres si la psicología lograra despojarla de su conciencia histórica? prefiero no imaginarlo" (Pinillos, 1987, p. 103).

6. CONCLUSION

De una u otra forma, en la actualidad el tema de la conciencia y de las relaciones mente/cuerpo sigue siendo un problema importante para la psicología. La dificultad de su acceso con métodos científicos y su forma escurridiza ante el tratamiento experimental hará que durante mucho tiempo se sigan produciendo controversias sobre ella.

El conjunto de los trabajos de Pinillos representa una iluminación y la clarificación de muchos aspectos importantes de la conciencia, entre los que podemos resaltar su importancia para la comprensión del ser humano como totalidad diferenciada del resto de los objetos físicos y animales, lo mismo que el concepto de historicidad; sin conciencia el ser humano pierde su identidad y elementos tan importantes como el de personalidad. Por otra parte, la psichistoria representa una de las aportaciones más novedosas en este campo y de mayor actualidad.

Pinillos, al igual que los psicólogos cognitivos se interesó en estudiar todos los aspectos de los procesos mentales utilizando métodos científicos y objetivos. Gracias al giro epistemológico experimentado a partir de los años 50, la Psicología se ha hecho menos atomista, menos mecanicista y se ha abierto a aspectos mentales, contextuales y subjetivos. Con este cambio de paradigma, la mente y la subjetividad entran a formar parte de los conceptos explicativos de la actividad del individuo (Gardner, 1987; Mayor, 1980, 1985, 1989; Pinillos, 1980, 1983, 1985, 1987; Pribram, 1986; Skinner, 1985; Sperry, 1988)..

Aunque el problema de la conciencia es un problema no resuelto, sin embargo, la conciencia constituye uno de los tópicos fundamentales, básicos, de la Psicología. Es este un problema perenne, que tiene su origen en Aristóteles y se ha perpetuado a través de Plotino, S. Agustín, Sto. Tomás, Descartes, etc. y como dice Kendler (1987), siempre ha estado y siempre estará con nosotros.

Este tema ha sido objeto de continuo debate, especialmente a partir de los años ochenta. Este interés se ha manifestado, no sólo en el campo de la psicología y la filosofía, sino en otras disciplinas que tienen como objeto de estudio la actividad cerebral, como la fisiología y la neurofisiología.

BIBLIOGRAFIA

- Armstrong, D.M. (1968). *A materialistic theory of mind*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Bunge, M. (1980). *The mind-body problem. A psychological approach*. Oxford: Pergamon Press.
- Feigl, H. (1967). *The "mental" and the "physical"*. En H. Feigl, M. Scriven y G. Maxwell (Eds.) *Minnesota studies in the philosophy of science*, (pp. 370-497). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Gardner, H. (1987). *La nueva ciencia de la mente. Historia de la revolución cognitiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Hebb, D.O. (1980). *Essay on mind*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Irani, K.D. (1980). Conceptual changes in the problem of the mind-body relation. En R.W. Rieber (Ed.) *Body and mind. Past, Present, and future* (pp. 57-77). New York: Academic Press.
- Kendler, H.H. (1987). A good divorce is better than a bad marriage. En A.W. Staats y L. P. Mos (Eds.) *Annals of theoretical psychology*, (pp. 55-89). New York and London: Plenum Press.
- Laplantine, F. (1977). *Las voces de la imaginación colectiva*. Barcelona: Gracia Editor.
- Mayor, J. (1980). Orientaciones y problemas de la psicología cognitiva. *Análisis y Modificación de Conducta*, 6, 11-12, 213-278.
- Mayor, (1985). Actividad humana y procesos cognitivos. En J. Mayor (Ed.), *Actividad humana y procesos cognitivos (Homenaje a J.L. Pinillos)*, (pp. 3-36). Madrid: Alhambra Universidad.
- Mayor, J. (1989). El método científico en psicología. En J. Mayor y J.L. Pinillos (Eds.) *Tratado de psicología general. Vol. 1*. Madrid: Alhambra Universidad.
- Pinillos, J.L. (1983). *Las funciones de la conciencia*. Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Pinillos, J.L. (1985). El uso científico de la experiencia íntima. *Evaluación Psicológica*, 1, pp. 59-78.
- Pinillos, J.L. (1987). La conciencia histórica. *Temas de Psicología*, 4, Universidad Pontificia de Salamanca.
- Pinillos, J.L. (1988). La psicohistoria y el naturalismo psicológico. *Aldaba*, 11, 11-23.
- Pinillos, J.L. (1985). Actividad, Conciencia y conocimiento. En J. Mayor *Actividad Humana y Procesos cognitivos (Homenaje a J.L. Pinillos)* (pp. 459-470). Madrid: Alhambra Universidad.
- Pinillos, J.L. (1989). Mente-cerebro en el comportamiento humano. En *Cerebro humano y tecnología inteligente*. Madrid: Instituto de Ciencias del Hombre (pp. 133-141).
- Pinillos, J.L. y Mayor, J. (1988). *Modelos de la mente*. Cursos de Verano, El Escorial, Madrid: UCM?
- Place, V.T. (1956). Is consciousness a brain process? *The British Journal of Philosophy*, 47, 44-50.
- Popper, K.R. y Eccles, J. (1977). *The self and its brain*. New York: Springer-Verlag.
- Pribram, K. (1986). The cognitive revolution and mind/brain issues. *American Psychologist*, 41, 507-520.
- Quine, W.V.O. (1985). States of mind. *Journal of Philosophy*, 82.

- Rieber, R.W. (1980). *Body and mind. Past, present and future*. New York: Academic Press.
- Ryle, G. (1949). *The concept of mind*. New York: Barnes & Noble.
- Skinner, B.F. (1965). Cognitive science and behaviorism. *British Journal of Psychology*, 78, 291-301.
- Sperry, R.W. (1976). Mental phenomena as causal determinants in brain function. En G.G. Globus, G. Maxwell y I. Savodnik (Eds.). *Consciousness and the brain: A scientific and philosophical inquiry*, (pp. 163-178). New York: Plenum
- Sperry, R.W. (1988). Psychology's mentalist paradigm & the religion/science tension. *American Psychologist*, 43, 8, 607-613.